



www.loqueleo.com

© 1995, Leonor Bravo Velásquez

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-568-5

Derechos de autor: 018200

Depósito legal: 002427

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2003

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Agosto 2016

Vigésima tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración portada: María Belén Mena

Ilustraciones: María José Ayala, Leonor Bravo, María Fernanda Córdova, Eulalia Cornejo, Diego Corrales, Ana Fernández, Santiago González, Paola Karolys, Mauricio Maggiorini, Oswaldo Mármol, María Belén Mena, Alberto Montt, Nicole Morillo, Gabriela Pallares, Santiago Parreño, Edgardo Reyes, Carla Torres

Diagramación: Fernanda Tufiño

Supervisión editorial: Susana Salvador

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Viaje por el País del Sol

Un recorrido mágico por el Ecuador

Prohibida su venta
© Santillana

Leonor Bravo Velásquez



loqueleo



*A mi padre, León Pacífico,
con quien conocí y aprendí
a amar al Ecuador.*

*A Juan y María Belén,
con quienes construí este libro.
A las niñas y niños de mi país.*



Acompañados por Domingo, caminaron montaña abajo.....	13
Una joya protegida por volcanes (Pichincha)	19
Un pedacito de bosque en la ciudad (Pichincha).....	25
La tierra del fuego sagrado (Pichincha).....	30
Aquí hay frutas de todos los colores (Santo Domingo de los Tsáchilas).....	34
En el corazón de la América indígena (Imbabura).....	39
La Tierra que enamoró al agua (Imbabura).....	44
Donde el sol sale con poncho (Carchi).....	49
Con esta música el cuerpo baila solo (Esmeraldas).....	54

Una comida con historia (Manabí).....	59
A comer granizado con iguana (Guayas).....	65
En la casa de la señora camarona (Guayas).....	70
En una comuna de hace cinco mil años (Santa Elena).....	75
En la tierra del mejor cacao del mundo (Los Ríos).....	80
Aquí hay oro de distintos colores (El Oro)....	85
Unas guagüitas traviesas y juguetonas (Galápagos).....	90
En la lengua de los pájaros (Sucumbíos).....	95
Con el Señor de la Selva (Napó).....	100
Un lugar mágico y de otro tiempo (Orellana).....	105
Una lluvia rica y calentita (Pastaza).....	110
Muchos secretos por descubrir (Morona Santiago).....	114
Con respeto y amor por la naturaleza (Zamora Chinchipe).....	119
Donde a la muerte se le olvidó el camino (Loja).....	123
Una ciudad querida por su gente (Azúay)....	129

Una fiesta para el niño (Azúay).....	134
La fiesta del padre Sol (Cañar).....	139
¡Y aquí está don Carnaval! (Bolívar).....	144
Con el país en la mano (Chimborazo).....	149
Donde la gente es generosa y sonríe siempre (Tungurahua)	154
La fiesta de la Mama Negra (Cotopaxi).....	159
El mejor tesoro del mundo.....	164
Biografía	171
Cuaderno de actividades	173

Acompañados por Domingo, caminaron montaña abajo



Manuela y Mateo bajaban la montaña corriendo. Parecían dos mariposas entre el verde claro de los sigses tiernos y el fondo verdeazulado de los árboles del monte. Tenían la cara colorada por el esfuerzo, el gusto y el sol. Los acompañaban dos venados y una llama. Su abuelo, Elías, los vio de lejos. 13

—Están creciendo —dijo mientras abrazaba a Conchita su esposa—, creo que es hora de que compartamos el tesoro con ellos.

—Los niños son buenos y cariñosos, y ya tienen edad suficiente para que lo aprecien —comentó la abuela Conchi.

En la noche, después de contarles la leyenda de las guacamayas, el abuelo Elías dijo a Manuela y Mateo, sus nietos de diez y doce años:

—Bueno, muchachos, creo que es hora de que les entreguemos el tesoro, ahora deben cuidarlo ustedes.

—¿Ese del que siempre nos hablas? —preguntó Mateo.

—¿El que tú dices que es el mejor del mundo? —añadió Manuela.

14 —Ese mismo —respondió el abuelo, que miraba a la montaña—, es hora de que ustedes lo tengan.

—¡Vivaaa! —gritaron a coro los niños—. Gracias, abuelo, gracias.

—Pero no va a ser tan fácil. Antes tienen que pasar por una prueba, para ver si son merecedores de tenerlo y suficientemente responsables para protegerlo —dijo el abuelo sobándose la barba blanca—. Y ahora, a la cama, mañana sabrán lo que tienen que hacer.

El sol amaneció más amarillo que otros días y calentaba, pese al viento frío que venía de la montaña. Cuando Mateo y Manuela se despertaron, ya toda la casa olía a pan recién hecho y a leche con canela y miel.

Después de desayunar, el abuelo los hizo sentar entre el fogón y la pila de mazorcas secas, listas para desgranar. A su lado estaba Concepción (la abuelita Conchi), que era la señora más dulce del mundo, tan dulce que a veces los pájaros, al creer que era una fruta, querían chuparle la miel.

—Bueno —dijo el abuelo—. Su abuelita y yo estamos envejeciendo y sentimos que aún nos falta mucho por contarles, que todavía tienen mucho por aprender. Creemos que ha llegado el momento de entregarles nuestro tesoro, así como a nosotros nos lo dieron nuestros padres. Pero deben estar listos para recibirlo; de otra forma, no van a poder apreciarlo ni cuidarlo.

Los niños, al ver a sus abuelos tan serios, los miraron con los ojos muy abiertos. Los abuelitos rara vez se ponían así. Esto debía ser algo verdaderamente importante.

El abuelo prosiguió:

—Alrededor de nosotros y abajo de esta montaña, está el país. Queremos que visiten cada una de sus ciudades y pueblos, y que de cada sitio nos traigan algo que simbolice ese lugar, algo

que sea importante para la naturaleza y los seres humanos que viven allí, una cosa que con verla sepamos de dónde viene. Si cumplen con esta prueba, serán los dueños del tesoro.

—¿Nos mandan de viaje solos? —preguntó Manuela con asombro.

16 Ellos corrían solos por la montaña y conocían hasta el último gorrión y venado que había, pero, cada vez que bajaban al pueblo, iban con uno de sus abuelos.

—Ustedes están preparados para realizar este viaje, tienen valor, inteligencia y capacidad de amar. Estas cualidades los ayudarán a solucionar cualquier problema que pueda presentarse. Nosotros los acompañaremos con el corazón —contestó la abuela Conchi abrazándola.

—¿Vamos a conocer todo el país? —preguntó Mateo.

—Así es, mijo —respondió Elías—, el país donde el sol brilla más, el país de la mitad del mundo, el país de la gente de paz.

—Cuando vuelvan —dijo la abuela—, habrán crecido y serán más fuertes. Nosotros estaremos aquí esperándolos.

Entonces, empezaron los preparativos para el viaje. La abuelita Conchi preparó una canasta tejida con paja de páramo de siete sitios diferentes, hilos de amor, fibra de inteligencia y urdiembre de magia. Esta canasta tendría siempre una muda de ropa limpia para cada uno y comida para cuando la necesitaran.

Con ayuda del viento, de las arañas y de los pájaros del lugar, confeccionó dos mochilas mágicas. Cualquier cosa que entrara en ellas perdería su peso y su tamaño real. De ese modo, si los niños querían, podrían traer todo el país si era preciso.

El abuelo Elías, por su lado, llamó a los animales del monte y les pidió que informaran a todos los demás animales que sus nietos salían a recorrer el país, para que estos a su vez se lo contaran a los niños de cada lugar y pudieran ayudarlos.

—Hasta la primera ciudad los va a acompañar Domingo, nuestro burro. De ahí en adelante, ustedes con su valor y simpatía deberán ganarse la compañía y ayuda de los demás —dijo el abuelo—. No se olviden de contactar a los animales. Ustedes entenderán su lenguaje y ellos serán sus mejores aliados.

Manuela y Mateo, aún sin salir del asombro, abrazaron fuertemente a los abuelos y caminaron montaña abajo, a conocer el País del Sol, el país de la gente de paz, su país.



Una joya protegida por volcanes

(PICHINCHA)

Muestra
promocional
Prohibida
su venta

© Santillana

Llegaron a Quito a las cinco de la mañana. Hacía muy poco que el viejo Domingo se había despedido de ellos, para volver a la montaña. El cielo estaba todo rojo y el sol, muerto de frío, empezaba a subir despacito amarillando el paisaje. No había una sola nube. Quito parecía una joya cuidada por muchos volcanes: a su alrededor brillaban el Cotopaxi, el Cayambe, el Antisana y el Pichincha con nieve solo en la puntita (como para decir que él también tenía).

—¡Qué ciudad tan bonita! —dijo Manuela.

—¡No hay cielo como el de Quito! —cantó alegre Mateo—. Por eso es que el abuelo cada vez que habla de Quito suspira.

Poco a poco, el cielo pasó del púrpura al violeta y, luego, a un azul brillante.

Recostada sobre el Pichincha, Quito, la amable ciudad (que según sus admiradores es la más luminosa del mundo) recibía a los visitantes con su mejor traje.

20 Miguel, un niño que iba a encontrarse con otros amigos para elevar cometas, se cruzó con ellos. Entonces, recordó lo que un güiracchuro (pajarito cantor negriamarillo) le había contado sobre los viajeros y decidió acompañarlos. Los llevó por las calles que subían y bajaban, como si estuvieran en un carrusel de caballitos y pasaron por el Panecillo, un pequeño monte metido en la mitad de la ciudad.

Cuando el sol calentaba fuerte, llegaron a San Francisco. La enorme plaza estaba llena de personas que cruzaban apuradas de un lado a otro.

Subieron por el hermoso atrio y, siguiendo a la gente que llevaba velas e incienso, entraron a la iglesia.

—Mira el altar, ¡es de oro! —exclamó Manuela.

—El techo está todo pintado —dijo Mateo—. Y qué cantidad de cuadros y esculturas hay.

—Con una casa tan bonita, Dios debe estar a gusto aquí adentro —dijo emocionada Manuela.

Mientras recorrían la iglesia y el convento, llenos de tesoros coloniales, Miguel les contó la historia de Cantuña.

—Esto pasó hace muchísimos años. Estaba recién terminada de construir la iglesia, pero faltaba el atrio de entrada. Para hacer este trabajo, se contrató a Cantuña, un indígena bueno para todo, quien se comprometió a construirlo en muy poco tiempo. El plazo llegó a su fin y la obra no iba ni siquiera por la mitad. Cantuña se puso a sufrir, porque el castigo que le esperaba era la cárcel o tal vez la horca. En eso, se le apareció el diablo y le ofreció terminar el atrio esa misma noche a cambio de su alma. Cantuña aceptó, pero puso una condición: si el atrio no estaba acabado cuando tocaran las campanas del alba, sin que faltara una sola piedra en un sitio, su alma se salvaría. Miles de diablitos trabajaron toda la noche y, cuando las cuatro campanadas sonaron, el atrio estaba terminado. Cuando Satanás se acercó a reclamar